

## “Gustavo Cerati: el sutil artífice de connotar signos”

por Adrián Ferrero

Resulta curioso, por no decir paradójico, que esté escribiendo esta nota sobre un músico en silencio. Quizás porque lo hago con cierto tono reverencial. Aquel que supone, por un lado, el respeto hacia una muerte prematura. Por el otro, el respeto hacia una figura insoslayable dentro del rock nacional y, agregaría yo, de la música nacional y la cultura artística latinoamericana. También es el silencio que ha de haber reinado, de modo angustioso y hasta agresivo, si se quiere, en esa sala de terapia intensiva, en la que él agonizó durante largos meses. O bien el silencio de sus deudos y el que ha de haber acompañado, en un singular contrapunto, a sus fans, paralizados a sabiendas de que no podían esperar un nuevo álbum y, mucho peor, ver sufrir más a su ídolo. O el silencio que, en este presente histórico de un 2021 que ya expira, los argentinos en su conjunto, obstinados, aún lo percibimos por sustracción de presencia y llegada de ausencia pese al lapso transcurrido ese final extemporáneamente atroz.

Resulta difícil también para mí recomponer, recortar del pasado los primeros sonidos en los que mi historia se atomiza, recortada, y al mismo tiempo se funde con su historia, es decir, su música. Pero han sido, para un hombre de mi generación, que ya tiene 51 años, sin lugar a dudas los compases de Soda Stereo y todos los matices que a lo largo de los ochenta y parte de los noventa fue siguiendo el curioso derrotero de ese trío. Signado como banda. No me puedo sustraer a “los comienzos” de un músico que evidentemente ya esbozaba las incipientes formas de lo que vendría, anunciándolo con ciertos tonos como una figura que por prepotencia de talento insular terminaría por emanciparse. O quizás el final de casi toda banda termine por ser ese destino. Francamente no lo sé.

No menos cierto, es que Cerati adopta para mí un contorno definitivo cuando acomete su empresa como solista. Es allí cuando de modo diría brutal se me impone una sonoridad, un perfil, un ritmo, hasta un tipo de letra que, si bien ya germinaba parcialmente en Soda, en el Cerati solista se lanza hacia una zona de incertidumbres, de exploraciones, de abismo, de búsquedas, de experimentos. Lo hace para formularse preguntas y construir su estética musical. Porque, quizás, como suele suceder en casos como este, esa compañía imprescindible, ese sentimiento de pertenencia colectivo que comienzan por dar impulso imprescindible a una banda para reforzar su esencia, luego empieza a deteriorarse, a quitarle estímulo, a desdibujarse hasta enlentecer a su líder cuando tiene cosas por sí solo para decir y entonces asume sus propias velocidades, esta vez bajo iniciativas, convengamos, que poco tenían que ver con Soda por su naturaleza más radical. Y Cerati, qué duda cabe, las tenía. Si bien, como es sabido, hubo regresos de la banda, como viene sucediendo con todas las históricas que se disuelven y regresan para realizar esporádicas giras. Eso también tiene otro límite. Y, creo yo, acentúa más aún el desgaste. Como es obvio, ya nunca fue lo mismo. Y se trata de una suerte de postales del pasado que procuraban volver a cobrar sentido que un presente que ya había dado una vuelta de página sin retorno. Como quien asiste a fotos tan antiguas que se han amarilleado.

Ese final trágico, al que una vida de aparentes desórdenes no siempre destina (Los Rolling Stones son un ejemplo paradigmático), le confiere ahora más que nunca su estatuto de ícono y lo eleva a la categoría de mito. De haber sido sobresaliente por la calidad de su música, casi sublime me atrevería a decir, indispensable en el campo musical argentino, ahora es susceptible, como en tantos otros casos (pienso en Jim Morrison, en Janis Joplin, por solo citar dos ejemplos) de ser un consagrado devenido hito. No seremos testigos de su deterioro. Ni acaso de un retiro a tiempo (o a destiempo,

lo que nunca deja de tener notas patéticas en ciertos casos). Sí lo somos, ahora, de los vestigios que deja su muerte, como una herida pero también como una estela, con una discografía de una riqueza infinitamente bella, compleja, ecléctica, con una enorme variedad de matices, que sin lugar a dudas evoluciona hacia lo inescrutable o lo inesperado, también. De una obra que permanece inmune al tiempo pero no a las preguntas. Seguiremos indagando, interrogando estos discos, estas canciones, formulándoles preguntas cada vez que las escuchemos, percibiendo sus diferencias, las distancias, elaborando comparaciones, cotejos, estando atentos a sus matices. Les solicitaremos que nos digan lo que no sabemos y lo que acaso ni él mismo estaba al tanto pero la música es capaz de regalar sin explicar nada y lo que, quizás, hay por detrás de la palabra y la música de un creador: su envés. El revés de su trama. Aquello que sólo podría revelarse volviendo a escucharlo de modo envolvente e incesante. Esta figura incandescente que fue Gustavo Cerati, deja regado el mundo de recuerdos memorables, por un lado. De experiencias inolvidables. Y de objetos preciosos.

Mi álbum favorito del Cerati solista es *Bocanada* (1999) y se cifran allí muchos significados me parece, muchos cruces, evocaciones. En ese álbum se manifiesta como un creador capaz de generar atmósferas, suscitar climas, componer sensaciones, recrear efectos, realizar escenas por dentro de una dramaturgia musical que son sus letras sutilmente exasperadas. Esa capacidad de suscitar impactos exquisitos siempre me ha conmovido especialmente de su música. En particular la de este álbum.

*Bocanada*, con esa portada de un Cerati desafiante, casi imponiendo sus propias reglas de entrada al álbum, dictando quién es el dueño en ese juego. Plasmado en una fotografía de su cuerpo de perfil, en una penumbra coloreada de azul, algo despeinado y con una luz que lo baña desde una zona que impide discernir con nitidez su rostro, es la opacidad perfecta que cifra buena parte de las letras de varias de las canciones de ese álbum. El hermetismo sofisticado de su poesía era sofisticado sin ser snob y sus letras, al mismo tiempo, contundentes.

La “bocanada” cuyo atrevimiento o no, mejor, cuya insolencia, juega con la polisemia (como lo hará en otros casos) de la bocanada del cigarrillo, la de la respiración y también la de ese “boca a boca” que tanto puede ser la de un beso como la de un salvataje. O la bocanada necesaria para cantar ¿Quién podría saberlo en su mente qué capítulos de los significados sociales ingresaron para condensar en un solo significantes tantas acepciones? ¿No es más bello ignorarlo y jugar con todo su ambiguo desconcierto? Puede también ser esa bocanada, al fin y al cabo, el hálito final.